

y nos partió por el eje. Fue inútil protestar. Ya ustedes saben que Mamita Yunai es un emporio con intereses en una inmensa trama de capitales ligados entre sí. Para imponernos el fallo White, lo primero que hizo el gran coloso del Norte fue desarmarnos. Enterada de ese hecho, la republicana nos invadió por la frontera noreste. Por fortuna no nos hemos dormido. Ya repelimos la invasión y capturamos tres naves con hombres y pertrechos. Después de un tiroteo de pocas horas los muertos y heridos tiñeron con su sangre las aguas del río Coto, pero nuestra bandera fue izada nuevamente. Ahora parece que piensan invadirnos por otro lado. Por eso vamos a embarcarnos. El vapor zarpará dentro de poco. Deséennos buena suerte. ¡Adiós a todos!

—Me voy contigo —dijo en ese momento Goyo Gancho poniéndose de pie.

—No hay ya cupo en el barco —advirtió Beto—; pero si vas conmigo es muy posible que te acepten. Vamos. Debemos apurarnos. ¿Vienes tú, Serafín?

—Ya hay otros reporteros de **El Diario** allá en el frente. Debo quedarme a redactar las noticias.

Calandraca se levantó furioso y dijo:

—Mejor me voy también para la guerra.

Agarró por el brazo a Barrejobo y, encarándose con él seriamente como quien se despide de la vida, le declaró, solemne:

—Hermano, te dejo mi chalupa.

Viéndolos alejarse, Serafín dijo:

—No creo en el heroísmo de la guerra.

Lócoro, Barrejobo y Catarnica seguían bebiendo indiferentes a la contienda bélica. La mesera trajo una nueva ronda de cervezas, y Serafín del Carmen, tras pagar el importe y trasegar un buen vaso, se acomodó debidamente en su silla y exclamó:

—¡Al diablo Coto! Lo que a mí me rejode es el maldito problema de la guerra con relación a la llamada justicia de los hombres. Basta que el ser humano se uniforme, se aliste y entre en una trinchera para que, en nombre de la patria, mate y asesine a destajo. Los muertos de ambos lados son inocentes. Individualmente, cada uno de ellos muere sin ser culpable.

Luego, a lo sumo, se les rinden honores tanto a los muertos como a los vivos; pero los verdaderos culpables del genocidio nunca van a la cárcel. En cambio, un hombre bueno, honesto e ingenuo como Goyo, cegado por los celos, comete un crimen del que sólo él insiste en confesarse culpable, y por ese hecho lo meten en la cárcel con una pena de veinte años. ¿No les parece injusto? Yo, que estaba en Europa, me he dado cuenta del suceso casi por conjeturas. No he logrado enterarme a cabalidad. ¿Por qué carajo y cómo ocurrió el crimen?

Barrejobo, Lócoro y Catarnica se miraron los unos a los otros.

En el juicio que la justicia le siguió a Goyo Gancho muchas personas de la isla habían prestado sus diferentes testimonios en pro o en contra, pero ninguna de ellas había sido testigo ocular de la tragedia. Por tal causa, sólo se referían a antecedentes y a las posibles causas que dieron ocasión al delito.

Únicamente Lócoro, Barrejobo y Catarnica habían estado presentes en la chalupa cuando ocurrió la carajada, pero los tres, puestos de acuerdo, como dijo el Fiscal, se empeñaron en declarar que, dominados por la inercia, la juma y el bochorno, se quedaron dormidos casi en el acto mismo en que la muerte dejó una estela roja sobre el mar.

Siendo los tres, hombres honestos, se vieron obligados de todos modos a declarar las contingencias que tuvieron lugar antes del sueño.

—A Goyo Gancho lo enloquecen los tragos —dijo Lócoro.

—Además del guarapo, lo cegaron los celos —confirmó Catarnica.

—De todos modos, matar al tata es un tormento que jode a un hombre para toda la vida —concluyó Barrejobo.

—Sin darse cuenta de que Débora nació con el estigma de las putas, para Goyo era la única mujer del universo. Se le metió en la sangre. Las Durgel pertenecen al clan endemoniado de la lujuria. Nacen y mueren condenadas a la locura del placer. —Seraffn se bebió su nuevo vaso de cerveza casi sin respirar—. Francamente me agradaría enterarme de los detalles. Deseo escribir un libro sobre la isla. Ningún dato es superfluo. Quiero adentrarme hasta el meollo de la ostra.

## El legado del prócer

Tras cuatro años de estudios, Marino regresó de abogado. Malas lenguas decían que vaya usted a saber dónde diablos conseguiría ese título. A lo mejor en una universidad de quinta clase. Otros sostenían la opinión de que ese lapso no es suficiente para graduarse de abogado. Lo cierto era que quienes habían sido sus colegas de estudio daban muy buenas referencias de él como estudiante. Marino aprovechaba hasta los meses de vacaciones para obtener más créditos y terminar cuanto antes sus estudios. Sentía como una especie de desesperación por regresar lo antes posible al país y demostrarle al Ñopo que, una vez dueño de su título, sería capaz de valerse por sí mismo.

Sin embargo, no le fue fácil al novel abogado abrirse paso y ganarse el pan nuestro. Pleno de juventud y animado por las ideas de libertad recién leídas, hizo severas declaraciones en la prensa denunciando la corrupción y el desgreño fiscal. Ocurrió lo contrario de lo que había pensado pues, a pesar de su campante título, las cancelas del foro se cerraron ante él violentamente. No tuvo más remedio que dedicarse al vil oficio de tinterillo. Ganaba **camarones** sacando presos de la cárcel, sirviendo de testigo en triquiñuelas, echando a los morosos de sus casas, ejerciendo desahucios o despojando a los campesinos de sus fincas por el hecho de no tener papeles aun a pesar de que éstos las habían heredado de sus abuelos. Poco a poco fue olvidándose de sus nobles ideales. Extraviado entre la selva forense, se defendió a la brava sometiéndose al arte de la supervivencia hasta aprender las reglas del juego (la arteria, el mimetismo, la artimaña, la argucia) y acomodarse en la clase de los rábulas.

Desde el día en que bajó del trasatlántico que lo condujo nuevamente a la patria, Marino trató de hallar a Ida Durgel. Al principio no pudo dar con

ella, pero al fin la encontró de bailarina en el Metropole. La vieja flama volvió a encenderse, sobre todo porque Ida era una espléndida mulata y lograba mucho éxito en sus danzas.

Cuando Marino se marchó a sus estudios, ella quedó muy afligida, pero siguió empleada en la Zona del Canal y prosperó en su práctica de la danza y el canto. Afortunadamente pudo evitar el embarazo. Triunfo bailando y adquirió cierta notoriedad. Logró tanto prestigio que hasta la hicieron Reina Mora en el Carnaval lo cual era una especie de añagaza para que el pueblo suburbano y humilde se sintiera halagado al poseer su propia Soberana.

Los jovencitos oligarcas que organizaron la Corte de Ida y su Reinado se pusieron de acuerdo la última noche, la emborracharon, la drogaron y todos se acostaron con ella. El gran escándalo le resultó perjudicial sólo a Ida porque perdió su empleo. Cesante y sin dinero, fue declinando y al fin no tuvo más remedio que terminar siendo mesera de un cabaret. Ahora bailaba en el Metropole que, al fin y al cabo, era el Centro nocturno más frecuentado de toda la ciudad. Finalmente había cobrado prestigio imitando a la famosa actriz negra Josefina Baker cuyo nombre adoptó. Salsa al tinglado casi desnuda luciendo apenas un rosario de bananas ficticias alrededor de la cintura y cantaba **yes we have no bananas**.

Aunque era muy socilitada, sintió de nuevo la seducción del viejo amor y aceptaba acostarse con Marino de vez en cuando, advirtiéndole que muchos hombres ricos le daban buenas sumas y le ofrecían regalos valiosísimos por la esperanza o el honor de gozarla.

En una feria de beneficencia organizada por las esposas de ciertos hombres del gobierno y del foro, fiesta a la que Marino fue no sólo porque Ida iba a mover sus bananas y sus nalgas sino ante todo para arrimarse al mundo de la arrogante oligarquía, un amigo le presentó a Norina. No fue un asunto ocasional, sino un plan hábilmente trazado por Marino. Ya él se había dado cuenta de que, además de tórrida y ligera de casco, Norina era muy joven para Celmiro.

Por ser jóvenes ambos, simpatizaron y, a través de Norina, Marino entró en contacto con Talavera, que era hombre entrado en años y demasiado atareado para atender debidamente a su esposo.

De familia oligarca y conservadora, Celmiro Talavera dirigía y era dueño de una famosa firma de abogados que no sólo representaba a las más sólidas

empresas del país sino también a poderosos emporios de diversos países extranjeros en su gran mayoría norteamericanos.

A la chita callando la gente comentaba que Celmiro no era más que un ladrón de siete suelas por ser experto en trácalas y tergiversaciones. Se inició como agente del galo-aventurero Philippe Buneau-Varilla comprando acciones depreciadas del desacreditado Canal Francés. Con la lección bien aprendida, se valió de la Comisión Mixta para robarles a todas las familias que eran dueñas de tierras en la Zona del Canal, pues al darle poderes absolutos, él recibía a su nombre los cheques y entregaba las sumas a su capricho y beneficio. Las familias humildes que no tenían papeles ni escrituras en regla recibían sumas mínimas por avalúos al buen tuntún. Por el bohío y las siembras, les daba una bicoca. Por un árbol de mangos que para la familia era algo así como un totem les pagaba la miserable suma de cinco dólares. Las pobres gentes tenían que abandonar sus fincas y sus sitios queridos llevándose a la buena de Dios sus bestias, sus enseres, sus chécheres. Un abuelo, desesperado por la angustia, prefirió ahorcarse del mismo árbol de mangos a cuya sombra durmió siempre su siesta en una hamaca. Talavera fue adquiriendo prestigio y se hizo célebre contrabandeando chinos cada uno de los cuales le producía mil dólares.

Celmiro Talavera tuvo enseguida la intuición de que Marino ya era un hombre forjado en la marisma del fraude y del engaño. No había duda ninguna al respecto. Por eso lo acogió como socio e introdujo al «nuevo y prestigioso profesional del foro» en los altos círculos sociales. No sólo cooperó con Marino presentándolo aquí y allá con los políticos de más alto coturno sino que al mismo tiempo lo emparentó con su familia casándolo con su hermana, la Nena, viuda de un oligarca, con tres hijos. Gorda, ajada y trivial, la Nena vivía a la expectativa de unas segundas nupcias, pues su primer marido, hijo de un prócer, murió debido al trago y a la sífilis apenas a cinco años de las bodas dejándole una prole indeseada y un deseo de caricias. Lo llamaban «El Prócer» porque en la euforia de los tragos se atribuía así mismo ese prestigio con marcada insistencia.

El legado del prócer, recibido al casarse con la Nena, desconcertó a Marino, pues consistía en un fajo de deudas y tres hijos malcriados (Carolfín de doce años; Tito, de diez y Toti, de ocho). Sin embargo, todo trae sus ventajas. La alianza con la Nena facilitó a Marino la feliz coyuntura de irse colando en la **highlife** y el apoyo irrestricto de Celmiro que era hombre astuto en triquiñuelas y chicanas políticas.

Además de ser gorda, Sosa y tonta, la Nena sufría siempre de halitosis y de barrocidades que le afeaban el cutis. Para poder sufrir el cruel tormento de acostarse con ella, Marino alquiló un piso donde tenía sus citas con Ida quien no aceptó dejar el cabaret ni los aplausos del público. Como era muy solicitada y aplaudida, sólo a ratos se veía con Marino quien, ganstereando, ya empezaba a abrirse paso en el foro. Últimamente, en las raras ocasiones en que amanecía con ella, Marino le había notado a Ida cierta tos cavernosa e insistente. Le dijo varias veces tienes que examinarte, necesitas una radiografía pulmonar, pero ella no le daba importancia y achacaba su angina al cigarrillo.

## VI

### Un mascarón de proa en figura de una bella sirena

La casona del Ñopo, de una planta con paredes de quincha y un cómodo portal embalastrado, servía como de punto de referencia a los foráneos por su gran profusión de veraneras cuyos rojos colores se distinguían desde muy lejos. Su parte delantera daba sobre el camino que corría paralelo al litoral y que la gente, acaso por costumbre, solía llamar Calle del Ñopo. Gozaba de gran circulación sobre todo cuando se celebraban ciertas festividades eclesiásticas. La transitaban alternativamente las bañistas que iban hacia la playa, las alegres comparsas del carnaval, las devotas que silenciosamente o murmurando oraciones el Jueves Santo la recorrían siguiendo a Papa Chente cuya gangosa voz cantaba la Pasión de Jesús como asimismo la muchedumbre de fieles e infieles que bullía tras las andas el Viernes Santo.

Por la parte de atrás de la casona, un carcomido escalerón de tablones permitía descender al traspatio cuyas altas paredes de calicanto servían de valladar contra el pillaje ya que los árboles frutales despertaban a veces el goloso apetito de la gente menuda.

Dos rejas enmohecidas se abrían hacia la playa sobre un rellano que quiso ser embarcadero sin que jamás cumpliera tal oficio. Sin embargo, esa entrada solía servir para cargar y descargar en días de calma y bajamar.

La casa daba sobre un abrupto pedregal temido por sus muy peligrosos arrecifes. Un macizo rompeolas resquebrajado retenía a medias la pleamar ya que en la época de aguaje la marea crecía tanto que lograba superar el pretil. Grandes olas rompían sobre los muros furiosamente. En esas tardes, la marejada indómita hacía imposible el desembarco, pues toda embarcación que lo intentase corría el seguro riesgo de romperse. En ese sitio y en tales

circunstancias los buenos nadadores, ni en desafío de apuestas, se aventuraban a nadar por evitar el gran peligro de verse tasajeados entre el confuso laberinto de rocas erizadas de ostiones.

El gran balcón trasero de la casona, muy amplio y con hamacas, servía de comedor y de salón de tertulias pues además de ser un sitio fresco gozaba de una estupenda vista al mar. La madera del piso, renegrida por la brisa salobre, debía lavarse con cuidado para que el agua, al escurrirse, no mojara las mercancías que se guardaban debajo. Cerrado por paredes de quincha, el vasto espacio que circufan los carcomidos pilares de la terraza, servía como depósito con sus fuertes ventanas y su puerta de aldaba. El Ñopo lo llamaba con diferentes nombres: el sótano, el desván, la perrera, la incubadora, el hórreo. Como tenía escondites y era oscuro, los chicos lo tenían como lugar predilecto para jugar a los piratas y lo habían bautizado con el pomposo nombre de El Galeón. Cada uno de sus motes correspondía a adecuados significados. Allí se acumulaban muebles y arcones viejos en amasada coexistencia pacífica con efectos en vías de negociarse y objetos de uso diario. Cajas de kerosene y de jabón amarillo, barriles de bacalao en salmuera. Sacos de harina, sal, maíz, frijoles y café. Naranjas, piñas, plátanos. Rollos de sogá, restos de velas, redes, remos, timones, anclas, chumaceras. Damajuanas vacías, cajones ídem y cuanto cachivache, chécheré o brusulaca quedaba fuera de uso sin olvidar cascajo, arena, conchas y caracoles.

Allí dormía Felipe, en una hamaca o en un catre o en el suelo, según el número de huéspedes, pues si eran muchos, todo se utilizaba. También la perra solía meterse allí en las tardes, y en las cajas vacías, sobre residuos de paja, ponían sus huevos las gallinas.

Felipe husmeaba todo, se deleitaba hurgando los diferentes cofres y bultos misteriosos. Los difuntos progenitores de la señora Fina habían hecho el comercio al por mayor. Con la mísera luz de una guaricha, Felipe se sentía dueño absoluto en aquel complicado ámbito lúgubre. Lo que más le llamaba la atención era un enorme mascarón de proa, resto de algún velero antiguo de la época en que el padre de la señora Fina vivía. Tenía la forma de una bella sirena con los senos desnudos, la cabellera al viento y el torso recubierto de escamas verdes. Sostenía entre ambas manos un caracol enorme e inflaba los carrillos para tocarlo. Pipe soñaba por las noches con sirenas desnudas y sólo al Mogo Tin le confesaba sus fatigas nocturnas.

—Si tienes ganas, ¿por qué no te la tejes? —le decía éste.

—Ya superé esa etapa.

—¿Qué otra forma probaste?

—Las gallinas.

A la hora en que estas aves ponían en el granero, no había persona alguna en la terraza ni cerca del traspatio. Todos dormían la siesta o estaban en la playa o en la iglesia o en la sala Felipe aprovechaba esa pausa y en el preciso instante en que una de éstas depositaba el huevo la acariciaba y ¡zas!

—¿Cómo haces para que no te pringuen?

—Salto nomás. De todos modos, eso es inevitable. Siempre me toca parte del chisguete. Por eso abandoné ese sistema. Creo más oportuno sacar partido de la perra. Pelusa estaba en celo. Nadie en la casa parecía darse cuenta de que ya tenía ganas de que algún perro la montara. La pobre languidecía en el patio sin esperanzas de consuelo. Una noche, durante los días Santos, todos, se fueron a la iglesia. Yo, como de costumbre, recibí la orden de quedarme al cuidado de la casona porque nunca se sabe. Recuerdo que hacía una luna espléndida. Me di cuenta de que Pelusa andaba arreacha porque empezó a hociquearme entre las piernas. Me dije muerto quieres misa. Me metí en el granero, la llamé, entré, cerré y al oscuro, realicé mi faena como Dios manda, pero mi miedo al látigo del Ñopo me hizo apurarme y la eché afuera. Pasé las de Cañ allí encerrado porque Pelusa gemía desesperada y arañaba la puerta queriendo entrar y exigiéndome el cabal cumplimiento de mis deberes conyugales como diciéndome: Canalla, me has dejado en el aire, mientras yo susurraba: Túrbala San Jacinto, temiendo que si el Ñopo llegaba me quitaba las ganas a chicotazos. Cuando noté a Pelusa más tranquila (pude verla a través de las hendijas a la luz de la luna y al comprobar que ya se le había pasado el arrenquín) abrí la puerta, salí al patio y quise acariciarla, pero ella me miró despreciativa como diciendo: no sirves para nada. Sin embargo, los días siguientes no hacía otra cosa que hociquearme como exigiéndome una deuda. Me ponía en situaciones desagradables. Astutamente, cuando todos dormían la calmaba; pero ocurrió que, al enviciarse, quiso hociquear a todo el mundo y hasta lo hacía con los amigos del Ñopo y a ratos con el cura. Yo había notado que a veces, por las noches, tanto Betín como el gallego cada cual a su modo, se entretenían

como a la chita callando con Pelusa, quien resultó tan buena anfitriona que se refocilaba con los tres hombres de la casa. ¡Qué mal ejemplo, jovencita! Por lo menos eso debió pensar doña Delfina, quien, indignada, resolvió regalarla. No demoró en hacerlo. Al poco tiempo se entusiasmó con ella cierto señor que estuvo de visita en la isla. Dijo que era sereno en el cementerio capitalino y era viudo sin hijos. Tal vez olió el tamal e hizo el cálculo de que si los difuntos lo seguían desvelando se abrazaría a Pelusa. ¡Qué estupendos hartazgos caninos se iba a dar el bendito!

Para evitar que Cándida, Dalila y Betín se condolieran al despedirse de Pelusa, la señora Delfina encargó a Felipe salir muy de mañana con la perra por la puerta del patio, pues la lancha partiría tempranito. En efecto, al oírse la primera llamada de la sirena, se aproximó a la playa la panga de Talingo.

—Vengo a buscarla. Espero que esa perra del carajo no sea de las que muerden.

Pelusa se veía muy radiante con su collar de cuero y su cadena brillante. Al alejarse la embarcación, ella en la popa me miraba contrita y lanzaba dulces quejidos guturales. Yo, mirándola irse, sabía que me libraba del grave riesgo que corría si el Ñopo se enteraba de mi cínico chicoleo rijoso.

Ella en la panga y yo en la playa nos seguíamos mirando y hubo un tático diálogo entre ambos.

—Menos mal que te llevan y espero que no vuelvas —pensaba yo, feliz, mientras Pelusa gimoteaba:

—Adiós, Pipe.

Es casa bien sabida que Pelusa fue fiel y amante esposa del nuevo amo. Cuando el sepulturero murió ella pasó los días y las noches sobre la tumba de éste ulaulorando en huelga de hambre sin aceptar comida alguna. Todavía sigue allí. Manos piadosas la convirtieron en estatua.

## VII

### Goyo Gancho a la guerra

Cuando los tres amigos, Beto Cárcamo, Goyo y Calandraca, se acercaban al muelle había en la calle más de diez mil personas aglomeradas para darles la despedida a los patriotas que se embarcaban con buen ánimo de combatir en Coto. Varias bandas de música atronaban el aire con las notas del Himno Nacional o de aires marciales conocidos. De todos los balcones la gente les arrojaba flores. Niños, mujeres y ancianos daban gritos, aplaudían y cantaban.

Las sirenas de diferentes barcos surtos en la bahía elevaban al cielo sus altísimas voces de reconocimiento nacional.

Beto, abriéndose paso con Goyo y Calandraca, logró, tras mil esfuerzos, embarcarse, pero le fue imposible conseguirle uniforme a Goyo ni cupo a Calandraca.

Lleno de voluntarios exaltados por la fiebre del patriotismo, el vapor parecía una colmena donde la soldadesca apretujada daba gritos saludando a la gruesa muchedumbre que desbordaba el muelle. Madres, hermanas, novias y amigas movían los brazos, hacían señas, lloraban o refan; unas, alegres; otras, tristes. Se sentían complacidas del heroísmo de sus seres queridos. Sin embargo, cristalizado en lágrimas, un hondo sentimiento contradictorio pugnaba entre alentar o disuadir a aquellos hombres que iban en viaje hacia la muerte.

La algarabía y el entusiasmo eran tales, que Goyo Gancho y Beto al intentar despedirse de Calandraca lo perdieron de vista entre el gentío agrupado sobre el muelle.

Afortunadamente Beto Cárcamo era amigo del capitán y consiguió que lo dejara instalarse con Goya Gancho en su cabina privada. Gentilmente les brindó una botella para que conversaran bebiendo en buena paz y sin testigos.

La campanilla del zarpe se dejó oír. Fue recibida con nuevos gritos y aplausos. Se oyó el rumor de los motores. A través de los vidrios de una de las ventanas Goyo y Beto vieron cómo los marineros soltaban las amarras.

Lentamente la nave fue alejándose.

Al bullicio y la música se unió el alegre tremolar de pañuelos.

—¿Qué horas serán? —preguntó Goyo.

—Las cuatro de la tarde —dijo Beto.

El capitán brindó con ellos un trago y, antes de abandonarlos, dijo:

—Vamos sobrecargados. Necesito dirigir las maniobras personalmente. Es mejor prevenir que lamentar.

Goya Gancho se notaba abatido. Cuando la juma no le daba por sulfurarse le provocaba accesos de tristeza o de llanto. Menor que él, Beto Cárcamo lo había tratado menos que los colegas con quienes Goya acostumbraba pescar, sobre todo porque, apenas los gringos iniciaron las obras para abrir un canal a través del Istmo Beto se había enrolado en la tripulación de una draga y porque, luego, se alistó en el ejército cuando la guerra del catorce.

—Lo que a ti te hace falta es desahogarte —dijo.

—Me preocupa mi hijo Chompipe —repuso Goyo—. Sé que él estaba encariñado con el abuelo. ¿Ves estas bellas botas que llevo puestas? Las compré nuevecitas para Felipe. Calzamos, él y yo, igual medida, pero él es de pie ancho. Por eso me las puse para aflojárselas, pero no quiero ni ensuciarlas. Las compré con mis pocas economías de la cárcel, pues allá nos pagaban un salario simbólico y aun podíamos vender curiosidades que manufacturábamos. Si muero en esta guerra, quiero que se las lleves a Felipe. Es mi único legado para él, Beto. No poseo nada más. Que me perdone la carajada que hice al matar al viejo. Mi hijo Pipe no es un producto del incesto como cree mucha gente. Débora y yo crecimos juntos como hermanos, pero, en verdad, éramos primos. Nos crió la abuela. Cierta promiscuidad en nuestras vidas pudo haber dado origen a habladerías debidas a algún malentendido. Si es verdad el cariño por los progenitores,

Débora y yo jamás tuvimos ocasión de sentirlo. Cuando los padres son marinos y las madres actrices es natural que ocurran esas cosas. Los nuestros resultaban para nosotros seres extraños pues solamente los veíamos de vez en cuando. Se pasaban la vida viajando. Mi tata aparecía en la isla por la cuaresma piloteando su viejo y carcomido clapé, carcacha que las autoridades de la ciudad habían decomisado a la compañía francesa que construía el Canal, la cual, como tú sabes, terminó en fraudulenta bancarrota. Mi viejo tripulaba el clapé únicamente con dos negros caucanos, Bolo Cuchiye y Gago Pinto. Cuando estaban en la isla yo gozaba navegando con ellos en el clapé. Mi mayor ilusión era embarcarme y hacer un largo viaje. Sin embargo, no me sentí contento en demasía cuando, tras una ausencia prolongada, mi tata, vuelto a la isla, me brindó esa oportunidad.

Desde cuando eran chicos, Débora y Goyo atendían a los clientes en la cantina que la abuela tenía cerca del muelle. Siempre golosa, Débora solía beber las sobras de los licores dulces. A veces Goyo la imitaba sólo por complacerla, pero siempre intentaba disuadirla de esa mala manía que, según él, no sólo era un feo vicio sino también una dañina costumbre. No la acusaba con la Nana por timidez o miedo, pues Débora, de carácter más férreo, lo dominaba. Cuando ambos concluían sus faenas, dormían juntitos sobre unas lonas viejas bajo el bar. Débora se hacía la distraída y, aparentando estar sumida en el sueño, cruzaba sobre él cuerpo de Goyo alguna de sus piernas desnudas. Él, aunque era inocente, se excitaba, pero Débora se complacía sádicamente atormentándolo y jugaba con él al toma y daca como la gata con el ratón.

—Mientras Bolo Cuchiye y Gago Pinto bebían guaro en el bar esa noche, narrándome atractivas peripecias de su vagabundaje, mi tata, sentado aparte con la Nana, trasegaba cervezas. Débora atendía a varios clientes sirviéndoles bebidas. Al ver la gracia de su andar (pues ya cercana a la pubertad era atractiva), Bolo Cuchiye y Gago Pinto lanzaron el silbido característico que inspira una buena hembra. Sólo fue en plan de broma, ya que era una chiquilla, pero mi tata rezongó inmediatamente, que dejaran el juego y que aprendieran a ser gente decente, de lo contrario, mejor volvieran al clapé. «No han hecho nada malo —dijo mi Nana—. La han galanteado sin malicia. No te olvides que ella es una criatura. Goyo y Débora todavía duermen juntos.» Mi tata puso el oído atento «Repíteme eso —dijo—. ¿Debo entender que ambos se acuestan en una misma cama?» Mi Nana se echó a reír de modo ambiguo. «Tú eres un negro mal pensado. ¿Qué de grave hay en ello? Son primos y se han criado como hermanos. En lo que menos piensan es en ideas morbosas como las tuyas.» No sé por qué motivo mi tata se irritó. «Nunca se sabe —dijo— las diabluras que son

capaces de inventar los muchachos. Mejor, me llevo a Goyo. Quiero que aprenda a navegar y pescar.» Bolo Cuchiye y Gago Pinto se alegraron y brindaron a mi salud. ¡Qué bueno que iba a viajar con ellos! Yo me sentí desconcertado pues recapacitando, pensé en Débora. Embarcarme significaba alejarme de ella. Me parecía imposible resistirlo. Por fortuna, mi Nana se opuso a tal propósito. «¿Cómo quieres que deje sus estudios? —le dijo—. Goyo y Débora son dos buenos alumnos y cumplen diariamente con sus tareas. Néstor Ladera, el maestro, siempre me los elogia. Si deseas que Gregorio viaje contigo, espera hasta que lleguen las vacaciones.» La idea de irme de viaje con mi tata me pareció excelente, pues nacido en la isla y acostumbrado a las faenas del mar, yo era un muchacho con la imaginación dispuesta a las hazañas. Todos mis sueños e ilusiones tenían puesta su mira en largos viajes y aventuras de plenitud marítima. Estando en los umbrales de la adolescencia, mi amor por Débora no tenía hasta ese instante sus artistas abiertamente definidas aun a pesar de manoseos nocturnos cuyo carácter era casi pueril, intrascendente. Ya te dije que ella encendía mis ansias y estimulaba mis ingenuos furores para joderme. Lo hacía como al descuido pero sádicamente a impulsos de su perverso anhelo de torturarme. Lo cierto fue que apenas presenté mis exámenes, no tuve más remedio que irme a viajar en el clapé. No dejé de notar que la intención de mi tata era evitar el pecado entre ella y yo, lo cual yo mismo, criado en la fe cristiana, consideraba lógico.

A veces el clapé se demoraba dos o tres días en ciertos puertos debido a la demora causada por la carga y descarga o simplemente por desperfectos o por la falta de combustible. Equipado con su infaltable lámpara de carburo, mi tata acostumbraba salir de noche armado con su escopeta de cartuchos para caza mayor. Nunca olvidaba llevar consigo yesca, eslabón y pedernal para encender la pipa, maniobra en la que no era muy experto. Goyo seguía tras él animado por la aventura en sí pero cohibido por el miedo. El rayo luminoso de la lámpara sólo alumbraba el camino frente al tata. Goyo, en la sombra, temía pisar alguna víbora lo cual lo hacía avanzar a saltos sobre los matorrales. A la luz de la lámpara proyectada sobre los gruesos troncos de los árboles, Goyo veía, aterrado, boas enormes o, a la orilla de los ríos, sobre la arena, caimanes de terrífico aspecto que abrían feroces el hocico pero que, acaso cegados por el rayo luminoso, no atacaban y silenciosamente se sumían en el agua. Los ruidos de las frondas lo aterraban. Las lechuzas de ojos fosforescentes, el croar de los sapos y los agudos chillidos de los murciélagos lo estremecían de pánico. El simple roce de las ramas movidas por el viento le daban la impresión de un llanto lúgubre.

—Una noche, tras un largo rodeo entre matorrales, mi tata me tocó de repente. Era la seña de que me detuviera mientras él avanzaba lo cual me hizo pensar que había captado la presencia de alguna buena pieza. Quedé paralizado, al oscuro, casi sin respirar y con temor de las víboras. Mi tata prosiguió cauteloso hasta alejarse a tan enorme distancia que a mi me entró terror, sobre todo cuando sentí que un cuerpo extraño se aproximaba a mí entre la maleza. Podía ser una boa. De pronto, de manera imprevista, me vi enfocado por la luz de la lámpara y grité para advertirle a mi tata que no se equivocara. En ese instante me enmudeció el terrible estallido de la detonación y oí el estruendo de algo que en su precipitada fuga pasó a mi lado y, estuvo casi a punto de atropellarme. Como era de esperarse, mi tata se enfureció conmigo llamándome pendejo del carajo, pues me echaba la culpa de que el venado hubiera huido al oír mi grito, de lo contrario, lo habría tumbado con un plomo en la frente. Mi tata nunca fallaba el tiro. Por eso no dudaba de haberle dado. Herido, desangrándose y débil, daría vueltas sin alejarse mucho del contorno. Sería fácil hallarlo. Al día siguiente, bien temprano, con Gago Pinto, Bolo Cuchipe y varios hombres fuimos en busca del venado. Entre los peones iba un viejo baquiano acompañado por dos ágiles perros de cacería. La táctica aceptada fue que el grupo acorralara al venado rumbo a la punta del manglar en cuya playa mi tata esperaría convencido de que esta vez no iba a fallar. Al saber la noticia, más hombres y más perros se unieron a la búsqueda. Me habría agradado irme con ellos, pero no tuve más remedio que seguir a mi tata aun temeroso de sus furiosos exabruptos. Me di a pensar que su insistencia en mantenerme consigo sólo tenía como único propósito demostrarme que su falla se debió a mi cobardía y, en resumidas cuentas, deseaba que yo fuese testigo de su destreza. Él y yo caminamos sudorosos hasta la playa. Soplaban un viento fresco que humedecía cara y nos silbaba jovial en los oídos. Descansamos un rato a la sombra de un manzanillo bien frondoso. Mi tata me explicó que bajo ese árbol era peligrosísimo que alguien se quedara dormido pues sus hojas despiden un veneno mortal. Jamás se había portado conmigo tan afable. Me sentía tan contento que ni de a vaina pensé en tocarle el punto de su fallida puntería ni mucho menos hacerle comprender que estuvo a punto de herirme a mí. A lo lejos se oyeron los ladridos de la jauría. Mi tata se quedó como en acecho y preparó la escopeta. Notándolo nervioso, me situé algo distante por si las moscas. Los latidos siguieron escuchándose a intervalos. Los nervios le dieron a mi tata por encender su pipa. Comenzó a maniobrar como lo hacían los hombres del campo golpeando el pedernal con el eslabón. Poco hábil, no conseguía lograr que las chispas encendieran la yesca. Se encaprichaba y echaba maldiciones. En esas peripecias lo

sorprendió de pronto, saliendo del manglar, un gran venado de enormes astas. Como cosa de magia, mi tata se echó a la cara la escopeta. Yo, al oír el disparo, pensé que fallaría nuevamente y aun me echaría la culpa; pero mi gran sorpresa fue la de ver al animal desmoronarse. Ladrandos jubilosos, los perros se le fueron encima mordisqueándolo por aquí y por allá. Mi tata me miró silenciosamente. Bolo Cuchi-pe, Gago Pinto y los hombres salomaban alegres y hacían elogios de la hazaña lograda. Alborozados, felicitaban a mi tata que sintiéndose prócer, logró encender su pipa. Allí mismo los peones desollaron al enorme venado comentando las peripecias de la caza. Cada cual se asignaba alguna buena proeza en la azorada persecución del cérvido. Desprendida la piel y echada a un lado para que la jauría se distrajese, mi tata destazó al animal cuchillo en mano y a cada hombre le regaló un buen trozo. Yo me sentí feliz por el ecuánime reparto. Mi tata, en ese instante, me pareció un gran héroe de cuento lleno de paz y de justicia. Esa noche, en el rancho donde nos alojábamos, me supo a gloria mi ración de tasajo. Yo ingenuamente imaginaba que mi tata me ofrecía esas experiencias para enseñarme a ser valiente como él mismo afirmaba. Un día muy de mañana me llevó al monte con el pretexto de cazar palomas. Llevaba la escopeta cargada con balas de regadera. Él mismo rellenaba los cartuchos en el clapé. Nos internamos maleza adentro horas y horas sin hallar caza alguna y estábamos cansados, sobre todo él que, por estar nervioso y engomado, me soltaba continuos improperios. Llegamos a una ciénaga cubierta por una enorme bóveda de vegetación. La umbrosa orilla nos invitó al descanso y nos sentamos. Enseguida sacó de la mochila su pipa y los trebejos con que aún se le hacía difícil encenderla. Pensé que iba a cogerla conmigo, maldito sea, pero por suerte, en ese instante, varias torcazas tal vez sedientas detuvieron su vuelo en unas ramas de la ladera opuesta. Mi tata levantó la escopeta con la mayor cautela y disparó. Cayó una al agua. Me ordenó ir a buscarla. Por una presa tan insignificante yo tenía nada menos que atravesar la ciénaga hundido en ella hasta la cintura exponiéndome a que me devorara un lagarto. No me atrevía a intentarlo. Era un suicidio. Al darse cuenta que yo titubeaba sin decidirme a actuar, mi tata me gritó enfurecido llamándome cobarde del carajo. No tuve más remedio que hundirme en aquella babosa suciedad cuyo fondo de hojas podridas cedía bajo mis pies. Viéndome avanzar lentamente desfallecido de terror, mi tata me alentaba asegurándome que tenía lista la escopeta cargada nuevamente, para si alguna bestia me atacaba. Yo sabía que las balas de regadera no atraviesan la piel de los caimanes. Llegué a la orilla opuesta. Recogí la paloma y se la traje a mi tata. Esa noche, cuando él ufano contaba la aventura, le dijeron: «Fue una temeridad. En esa ciénaga

abundan los ojigordos. Tu hijo se salvó de milagro» Mi tata, que fumaba su pipa, lanzó un escupitajo y repuso: «Quiero que aprenda a ser un hombre.» Tan extraña manera de educarme creaba en mí resentimientos que, ahora lo sé, al acumularse, podrían llegar a un límite en el que al fin estallarían violentamente. Ahora de pronto, ha vuelto a mi memoria otra de esas estupideces de mi tata. Anclados en un puerto bananero de mala muerte, mi tata consiguió unos caballos y cabalgamos hasta un pueblo cercano. Creo que él deseaba verse con una hembra. Nos alojamos en una vieja casa de pinotea que era como una especie de posada en cuyos altos daban alojamiento y pebre. La planta baja, aparte de una inmundicia cantina, tenía un zaguán enorme donde depositaban mercaderías en cajas o en grandes sacos. Como habíamos llegado poco antes del almuerzo, mi tata y los dos negros caucanos fueron a echarse un trago al bar. Era indudable que iban a demorarse. Por eso fui a dar vueltas por el pueblo y me entretuve tumbando algunos mangos. Al regresar, vi un gran gentío fuera de la posada. Pregunté. Me dijeron que en el zaguán de la casa en que vivíamos se había metido un perro rabioso. Tenía hidrofobia. Traté de abrirme paso entre el gentío y vi a mi tata trepado en la baranda del zaguán. No tuve duda de que ya estaba en güimba, pues, con la ayuda de una caña muy larga y un lazo corredizo, quería cazar al perro. Bolo Cuchiye y Gago Pinto procuraban que el viejo desistiera de esa temeridad, pero él, al verme, quiso hacer un alarde de valentía a la inversa ordenándome de modo imperativo que entrara y que subiera sin miedo. «Ten cuidado —dijo Bolo Cuchiye—. Tras la puerta está el perro. Si entras puede morderte, y esa rabia es mortal.» Aterrado, yo me quedé indeciso sin atreverme a dar un paso, pero mi tata no parecía enterarse del peligro. «Tengo, además del lazo, mi revólver —gritaba— Si te ataca, lo dejo tieso de un disparo. No seas pendejo, apúrate.» Me daba cuenta de que mi tata me usaba de carnada para que el perro saliera de su escondite. Muerto de miedo, no tuve más remedio que obedecer. De modo cauteloso y lentamente, como quien pisa sobre flores o huevos, atravesé el zaguán y, uno tras otro, subí los escalones. La turba de curiosos que se había aglomerado junto a la puerta gritó en señal de triunfo y aplaudió mi proeza. Mi tata en cambio estuvo a punto de darme con la cachita del revólver, tal fue su furia. Cuando al fin otros hombres debidamente expertos pudieron darle caza al animal disparándole desde diversos puntos, Gago Pinto, comentando el suceso con mi tata, le advirtió seriamente: «Goyo estuvo en peligro de que tú lo mataras de un balazo o que el perro, al morderlo, le transmitiera la rabia canina.» Mi tata se echó a reír festivo y le repuso: «¡No jodas más, carajo!»